

A UN COCUY

● cultos vagan en la noche oscura
Insectos mil, como en la mar los peces ;
Mas tú brillas á trechos, como á veces
Descubre húmida ninfa su hermosura.

Goza el ojo en seguir tu lumbre pura,
Mira á dónde saldrás, si te oscureces ;
Tú su cálculo burlas, y apareces,
Tras caprichoso giro, á grande altura.

¿ Qué auguras, insectillo misterioso ?
¿ Con qué feliz recordación ú anhelo,
Más que el sentido, el ánimo fascinas ?

Leve cruzando el aire tenebroso,
Con tu luz, como el alma, hija del cielo,
Tus solitarias sendas iluminas.

MIGUEL ANTONIO CARO



PROLOGO DE UN LIBRO

La *Librería Americana* de Bogotá tiene emprendida, desde hace algún tiempo, la loable tarea de publicar, traducidos al español, varios de los mejores libros religiosos que aparecen en el Viejo Mundo. Quien esté persuadido de la influencia saludable de las buenas lecturas, sabrá estimar lo benéfico de la empresa ; quien conozca las dificultades que existen entre nosotros para dar á luz un libro, admirará el esfuerzo de los editores.

Hoy le toca su vez á la *Historia de San Vicente de Paul*, por Monseñor Emilio Bougaud, Obispo de Laval, elegante y correctamente traducida por miembros de la So-

ciudad de San Vicente de Bogotá, á nuestro hermoso idioma castellano.

Monseñor Bougaud, muerto hace pocos años, fue uno de los más insignes escritores católicos franceses de la segunda mitad del pasado siglo. Como apologista, rayó á grande altura, sobre todo con su interesante obra *El Cristianismo y los tiempos presentes* ; pero á nuestro humilde parecer— y en esto nos apartamos del ilustrado prologuista francés del presente libro—el mérito principal de Monseñor Bougaud es el de hagiógrafo: en romance, escritor de vidas de santos. Se nos figura que cuando los errores de la época actual hayan pasado la historia, y por lo mismo las apologías del Obispo de Laval hayan perdido su interés del momento, se leerá con el mismo gusto y provecho que ahora la incomparable *Historia de Santa Mónica*, de la cual le oímos decir hace años á D. Rufino J. Cuervo, que él no conocía libro superior á aquél, en su género, y que era una de las mejores obras que se habían escrito en el siglo XIX.

Narrar las historias de los santos fue cuidado especial de los escritores cristianos, desde los albores de la Iglesia. Sábese cómo los pontífices de las catacumbas instituyeron notarios que llevasen las *Actas de los mártires*. La *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, está matizada de biografías interesantes de los santos de los tres primeros siglos ; y San Jerónimo escribió, en el IV, su sobrio y clásico *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, con breves pero substanciales noticias de cada uno de ellos, empezando por los cuatro evangelistas. Pasando por el elogio de San Víctor, escrito por San Bernardo ; por la *Vida de San Francisco* de San Buenaventura, y parando en los monumentales trabajos de los Bolandistas, no hay edad de la literatura cristiana que no pueda ufanarse de haber producido alguna joya en el género de que venimos tratando.

La rica literatura clásica española no va en zaga á la de otras naciones europeas en punto á excelentes historias

de los santos. Citemos, entre mil, la de San Ignacio, del P. Rivadeneira, la de Santa Teresa, del P. Yepes; y sobre todo, la de San Jerónimo, del P. José de Sigüenza, historiador nobilísimo no inferior, á nuestro gusto, ni en el fondo ni en la forma, al mismísimo P. Mariana. Antes de ellos, el *Flos sanctorum*, florilegio de vidas de santos, completado y remozado más tarde por el P. Rivadeneira, fue el libro que, en el Hospital de Pamplona, convirtió un heroico capitán de los Reyes católicos en el fundador y primer General de la Compañía de Jesús.

El esmero con que, en todo tiempo, se ha cultivado el arte hagiográfico se justifica plenamente. No hay estudio, después del de Dios, tan interesante, tan fecundo como el estudio del hombre, obra maestra de la omnipotencia en la creación de las cosas visibles; y los santos son los hombres por excelencia, los que se acercan al arquetipo hecho por Dios en el paraíso terrenal; despojados como están, por la gracia, de las manchas é imperfecciones con que el pecado deformó la obra divina.

El Evangelio en acción, se los ha apellidado. Cierto que Cristo, Señor Nuéstro, no sólo vino á ser maestro, sino modelo; que confirmó con ejemplos cuando enseñó con sus palabras; pero necesitamos ver cómo aprendieron la lección los discípulos más aventajados, cómo copiaron el ejemplar los mejores artistas. “Sed imitadores míos, decía San Pablo, así como yo lo soy de Cristo.”

La manera de escribir vidas de santos ha cambiado de cincuenta años acá. Antes el autor narraba puntualmente la historia, las virtudes, los milagros de su héroe, y sacaba de cada pasaje reflexiones y enseñanzas morales. Era un tratado de perfección y virtudes cristianas, ilustrado con los ejemplos de un solo servidor de Dios. Hoy se dibuja, como fondo del cuadro, la pintura del siglo, del país, con sus ideas, costumbres, excelencias y defectos; y luégo se traza el retrato del hombre, con su carácter—fisonomía del alma que la santidad modifica y perfecciona, sin des-

truírla—sus luchas, tentaciones, momentáneos desfallecimientos, ligeras caídas; y á lo natural se agrega lo sobrenatural, y resalta así la acción divina de la gracia sobre la materia más ó menos dócil, del barro de que fuimos formados.

Tiene este sistema la ventaja de poner las biografías de los santos al alcance de las personas indoctas que los imaginan seres de otra naturaleza que la nuéstra, dignos de admiración, pero imposibles de imitar; y hacer grata la lectura á las gentes poco piadosas, que empezando por conocer y estimar al hombre, acaban por entender y apreciar al santo.

Porque, en realidad, esos cuyas imágenes honramos, cuya intercesión pedimos, fueron hombres como nosotros, pero mucho mejores que nosotros; tuvieron carácter propio, defectuoso quizá, pero supieron domarlo; lucharon y sufrieron, para salir triunfantes del combate y depurados por el dolor; cayeron acaso, pero se alzaron con redoblado brío de la caída, y compensaron leves imperfecciones y faltas con la práctica de heroicas virtudes.

No deseáramos que se entendiese por lo dicho, que prefiramos siempre y desde todo punto de vista las biografías modernas de los santos á las antiguas; como no pondrá el discreto lector en todo á Momsem y á Ferrero antes que á Suetonio y á Tácito. Cada manera literaria tiene sus excelencias peculiares, y lo exclusivo en punto de gustos literarios es señal de inteligencia estrecha y ánimo encogido. Sobre cuatro historias recientes de Santa Teresa hemos leído, y ninguna nos parece igual á la clásica de Yepes; y ningún florilegio moderno nos suple el *Año Cristiano* de Croisset, ni el *Flos sanctorum* de Rivadeneira. Antes que el procedimiento técnico aquilata y avalora un libro el talento de su autor.

El nuevo método nació en Francia y allí ha producido sus frutos más dulces y sazonados. Tuvo su origen, si no estamos engañados, en la *Vida de Santo Domingo* del P.

Lacordaire; libro muy inferior, según nos parece, á las demás obras del egregio dominicano, é inferior también á los trabajos subsiguientes de otros autores. Ni hay por qué extrañarlo: quien descubre un nuevo camino rara vez lo recorre hasta el fin; y la Providencia, que reparte sus dones é hizo á Lacordaire el orador que fue, no le otorgó en igual medida las dotes de escritor. Pero siempre es mucho ser el Colón de un nuevo mundo.

Entre los que han trillado las huellas de Lacordaire como hagiógrafo y se le han adelantado en el camino, tiene puesto preferente Monseñor Bougaud. Escribió, siendo Vicario general de Orleans, las historias de Santa Mónica—su obra maestra, casi insuperable—de Santa Juana Francisca de Chantal, de la Beata Margarita María; y, ya Obispo de Laval, trabajó ésta de San Vicente de Paúl, su postrimer trabajo literario, el último esfuerzo de su celo.

San Vicente de Paúl es el santo de la caridad con los pobres; no un héroe de la filantropía, como dijo alguien con frase irreverente.

La filantropía es el amor al hombre por el hombre; la caridad, el amor al prójimo por Dios; aquélla da lo suyo, ésta se da á sí misma; una agota los recursos, la otra los multiplica; la primera perece con el que la practica, la segunda persevera después de la muerte de quien la ejercita.

Cuando la autoridad infalible de la Iglesia coloca á un hombre en el catálogo de los santos, aquello significa no simplemente que su alma está en el cielo, pues entonces podrían alzarse altares á los niños muertos con bautismo, sino que practicó en grado heroico todas las virtudes teológicas y morales. Pero, á excepción de Cristo, en quien no hay perfección dominante, porque todas están en él en grado supremo como corresponde á quien es Dios verdadero, todos los habitantes del cielo tienen una virtud en que descollaron por modo especial. Así resalta la diferencia entre la santidad de Cristo y la de sus discípulos: el Señor la

tiene por naturaleza, ellos por participación: la del Salvador es infinita, finita la de sus criaturas.

Y esto constituye una de las distinciones entre los santos, cuyas vidas y acciones difieren tanto unas de otras. Tienen todos de común el amor á Dios y el desprecio de sí mismos; de allí en adelante, en el jardín del paraíso hay todo linaje de flores: la azucena de la pureza, la violeta de la modestia, la rosa de la caridad, la palma del martirio.

Decíamos que San Vicente es el Santo de la caridad con los pobres. En la edad moderna, entendiéndolo por tal la que media del Renacimiento hasta nosotros, hay dos héroes de perfección cristiana que revisten aquel carácter glorioso: San Juan de Dios y San Vicente de Paúl. Un paralelo entre los dos resultaría muy interesante, porque mostraría cómo, aun en la práctica de una misma virtud, lleva Dios á sus santos por diversos caminos, que van todos—como los radios de un círculo al centro—á Jesucristo, al cielo.

Vinieron al mundo con un siglo de diferencia. Juan, de origen lusitano, ejerció su apostolado en Andalucía, en la época de mayor poderío y grandeza de la Nación española; Vicente, de abolengo español (1), nació y vivió en Francia en los albores del reinado de Luis XIV. Uno y otro procedieron de humilde cuna, saborearon en la mocedad los amargores de la pobreza; ambos supieron por experiencia propia los horrores del cautiverio. Les tocó vivir en medio de las miserias inseparables de las épocas de prosperidad, de las civilizaciones refinadas.

(1) Véase, sobre el origen de la familia de San Vicente, el curioso libro titulado *San Vicente de Paúl, su patria, sus estudios*, etc., por D. Antonio Hernández y Fajarnés. Zaragoza, 1888. El autor se esfuerza en probar que la familia de San Vicente era española y que el santo nació en Tamarite, en Aragón. El primer hecho nos parece bien probado; el segundo, nó. Mientras no se presenten argumentos decisivos en contra, tendremos á San Vicente por francés. *In dubio melior est conditio possidentis.*

El español se alejó de Dios en la juventud, y se tornó á él por una conversión ruidosa; el francés conservó intacta la piedad é inocencia de la edad primera. Juan rehuyó el sacerdocio por humildad, Vicente lo aceptó por obediencia. Ambos son fundadores; ambos por decreto de la Sede Apostólica, patronos; San Juan de Dios, de todos los hospitales; San Vicente, de todas las asociaciones de caridad.

Vivieron los dos santos enamorados de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos, de los dementes; pero al socorrerlos, cada uno siguió distinto impulso del Espíritu Santo. Juan pedía, pordioseaba sin cesar; y lo que iba recibiendo con una mano lo iba dando inmediatamente con la otra. No conoció otra regla de conducta que dar todo lo que tenía á todo el que lo iba necesitando, fuese santo ó pecador, grande ó pequeño, de esta ó de la otra nación. Era un reflejo viviente de la munificencia divina, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y envía por igual la lluvia sobre los justos y los injustos (1).

Vicente de Paúl organizó sabiamente la caridad; daba más al más necesitado; pulsaba las miserias para curarlas mejor; prevenía el infortunio de mañana; daba reglas fijas de conducta á sus colaboradores y discípulos. Era reflejo de la Providencia Divina, que todo lo dispone con número, peso y medida (2).

San Juan de Dios, laico como era, no tenía más misión que la de socorrer y consolar, y así no fundó sino los Hermanos hospitalarios; San Vicente, que era sacerdote, tenía además que enseñar y corregir; y fuera de las Hermanas de la Caridad, estableció los Sacerdotes de la Misión, para regir los seminarios y evangelizar las gentes de los campos.

Al primero lo llevó Dios por los senderos extraordinarios de la mística más encumbrada; al segundo, por el camino real de la práctica de las virtudes ordinarias. San

(1) Matt. v. 45.

(2) Sap. XI. 21.

Juan murió joven, llorando al verse separado de sus amados enfermos; San Vicente, anciano, plácidamente rodeado de la corona de sus queridos discípulos.

Mas dejemos ya al santo de Granada, y empiece ya el lector á saborear la vida y las virtudes de San Vicente de Paúl. No queremos anticiparle noticia alguna, que pudiera atenuar la sorpresa que habrá de causarle aquel varón portentoso, incomparable, á quien no puede conocer uno sin amarle, sin venerarle con todo el respeto de que es capaz un alma.

¡Oh! si este libro encendiera en los lectores el fuego sagrado del amor á los pobres. ¡Si se contagiaban de San Vicente con la locura de la caridad! ¡Si amaran más á Dios al verlo tan admirable en sus santos!

R. M. CARRASQUILLA

Presbítero

Bogotá, Mayo de 1906.

LAS REPUBLICAS

FRAGMENTOS

I

He admirado el hormiguero
cuando henchían su granero
las innumeradas hormigas.
He observado su tarea
bajo el fuego que caldea
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas
y salvando cien honduras,
las conduce hasta las éras
un sendero largo y hondo
que labraron desde el fondo
de las lóbregas paneras.